

capacidad analítica para entender los discursos que subyacen en el texto y la cuarta es el hecho de que muestra que los conservadores, tal y como lo afirman otros especialistas en la materia, lograron seguir presentes en la esfera política y que, como bien lo indica la autora, evidencia que ellos no murieron con Maximiliano sino que cambiaron las balas por palabras, mismas que no matan pero sí causan mucho daño cuando se utilizan correctamente. No cabe duda de que el texto de Lilia Vieyra se convertirá en un referente obligado para todos los estudiosos del periodismo y del papel de los conservadores en las últimas décadas del siglo XIX.

Rogelio Jiménez Marce

Universidad Iberoamericana-Puebla

MANUEL PLANA, *Venustiano Carranza (1911-1914). El ascenso del dirigente político y el proceso revolucionario en Coahuila*, México, El Colegio de México, Gobierno del Estado de Coahuila, Universidad de Alcalá de Henares, 2011, 384 pp. ISBN 9786074622430

Hace ya tres lustros, el gobierno de Coahuila convocó a historiadores de la Revolución a un coloquio para explorar los “Avances Historiográficos en el Estudio de Venustiano Carranza”. Producto de aquel encuentro fue un pequeño libro en el que colaboraron Romana Falcón, Javier Villarreal Lozano, Bertha Ulloa, Josefina Moguel, Javier Garciadiego, Manuel Plana y Valentina Torres haciendo una breve relatoría.¹ En ese libro –víctima por desgracia de la mala circulación de este tipo de materiales en

¹ *Avances Historiográficos en el Estudio de Venustiano Carranza*, Saltillo, Fondo Editorial Coahuilense, 1996.

nuestro país— se identificaron algunos de los temas más importantes que estaban pendientes para el estudio, más que de Venustiano Carranza, de la Revolución en Coahuila: los orígenes y las causas regionales del movimiento (Falcón), la importancia de la biografía y la experiencia regional de Venustiano Carranza para el proceso (Villarreal Lozano), la centralidad de La Laguna en el desarrollo de la Revolución constitucionalista (Plana), la ocupación de Veracruz y las relaciones exteriores del gobierno itinerante de Venustiano Carranza (Ulloa), la importancia de la participación de las mujeres en la revolución constitucionalista (Moguel) y el estudio de la prensa, tanto como una fuente primaria como un tema en sí mismo dentro de lo que fue la Revolución (Garcíadiego).

Desde entonces —y especialmente después del Centenario de la Revolución—, se ha avanzado mucho tanto en el estudio de la Revolución en Coahuila como en el de su máximo líder, Venustiano Carranza. Ahora, El Colegio de México, en asociación con el Centro Cultural Vito Alessio Robles de Saltillo y la Universidad de Alcalá de Henares, publica la última obra de Manuel Plana, que desde aquel coloquio en Saltillo y hasta hoy ha seguido contribuyendo a la creciente historiografía sobre la Revolución en Coahuila. *Venustiano Carranza (1911-1914). El ascenso del dirigente político y el proceso revolucionario en Coahuila* es una continuación de sus estudios sobre La Laguna y el fruto de más de dos décadas de reflexión sobre el proceso de desarrollo, tanto económico como político, social, e internacional —e incluso, en algunos pasajes, militar—, que llevó a esa región semidesértica a ser el huracán que se convirtió en lo que hoy llamamos revolución mexicana.

Venustiano Carranza (1911-1914) está basado en una amplísima investigación de fuentes originales, tanto impresas como resguardadas en archivos —en México, Estados Unidos y Europa, públicos y privados—, en fuentes hemerográficas y en una ex-

tensa bibliografía de fuentes secundarias. La introducción, que es espléndida, refleja el trabajo y la reflexión de muchos años, y condensa los argumentos que, a través del libro, desarrolla el autor. Para Plana, a pesar de lo extenso de la historiografía, era necesario “presentar una lectura crítica de los factores que desencadenaron el estallido de la Revolución en Coahuila y de su compleja evolución hasta la caída de Huerta” (p. 18), pues, entre otras cosas, “la lectura hecha por los estudiosos de la historia coahuilense para explicar la vida política del último decenio del Porfiriato en términos de la influencia ejercida por los grupos de poder local [...] parece poco persuasiva” (p. 21). En realidad, dice Plana, Coahuila presentó “una desestabilización de la clase política local porfirista más profunda que en otros estados del norte” (p. 22), lo que sumado a que no se presentaron de manera generalizada serios conflictos por la tierra (p. 23), puede explicar la naturaleza casi exclusivamente política de las causas originales de la revolución coahuilense. Posteriormente, es verdad, la centralidad de La Laguna no se puede obviar, lo que ya había demostrado contundentemente el autor desde la aparición de *El reino del algodón en México* en 1996.² “A partir de 1910-1911, no se puede prescindir de [La Laguna] en la lectura de los fenómenos sociales y políticos de la región”, dice Plana (p. 23).

Otro de los argumentos centrales del libro es que, a pesar de que Madero y Carranza llegaron a ejercer un liderazgo político nacional, lo hicieron sin “desplegar un peso decisivo como jefes revolucionarios de los grupos combatientes en Coahuila”, pues ambos “consiguieron dar vida, de manera independiente respecto al apoyo local, a movimientos en el plano nacional alrededor de un código de ideas relativas a la organización del sistema po-

² Manuel PLANA, *El reino del algodón en México. La estructura agraria de La Laguna (1855-1910)*, Monterrey, Universidad Autónoma de Nuevo León, 1996.

lítico y del Estado” (p. 25), pero sin lograr nunca el control de La Laguna. De hecho, el ascenso de Pancho Villa como jefe revolucionario se puede explicar, en parte, por su control sobre la región lagunera, de donde obtuvo los recursos y los hombres necesarios para formar un ejército que, posteriormente, controlaría parte de los estados de Coahuila y Durango y la totalidad del territorio de Chihuahua. Por eso, sólo mediante la reconstrucción de los acontecimientos en Coahuila, dice Plana, podemos “comprender la aspereza de la guerra civil contra Huerta en esta parte del norte, así como sus complejas implicaciones sociales y políticas a nivel general, y profundizar en la actuación de Carranza en aquella difícil coyuntura” (p. 28).

Venustiano Carranza (1911-1914) está dividido en dos partes. La primera, que abarca ocho capítulos, se concentra en analizar las causas del progreso económico, los cambios políticos y sociales que explican el inicio de la revolución en 1910, y lo que tuvo que enfrentar Carranza como gobernador maderista de Coahuila. Es decir, como lo habían propuesto Romana Falcón, Javier Villarreal y él mismo hace 15 años, Plana, en este nuevo libro, desmenuza los procesos económicos, políticos y sociales que desembocaron en la revolución constitucionalista de febrero de 1913, con la que Carranza enfrentó la crisis nacional provocada por la Decena Trágica y el asesinato de Madero. Y en la segunda parte, también compuesta por ocho capítulos, el autor valora tanto la influencia que tuvo Estados Unidos en el desarrollo de la Revolución como el proceso por el que la revolución constitucionalista llegó a una crisis, a un callejón sin salida, que sólo pudo dar paso a la guerra civil.

“La modernización de la industria fabril, el surgimiento de la economía algodonera de La Laguna, la construcción de la red ferrocarrilera para la conexión con la de Estados Unidos y el descubrimiento del mineral plúmbeo-argentífero de Sierra Mojada y de las reservas carboníferas en la cuenca de Sabinas y Río

Escondido, determinaron las pautas de las transformaciones de la estructura productiva coahuilense a lo largo del Porfiriato”, argumenta Plana (p. 57), y como “Coahuila no presentaba, a finales del Porfiriato, señales de una crisis económica que propiciara un estallido social sin el concurso de otras causas políticas” (p. 81), la revolución política de Coahuila se puede diferenciar perfectamente de la social en Chihuahua, Morelos u otros estados. De hecho, en términos de esa revolución política, las manifestaciones de disidencia en Coahuila iniciaron mucho tiempo antes de 1910, y los brotes de protesta social siempre estuvieron ligados a la política local (p. 96). Reyistas y maderistas –los dos principales grupos opositores en Coahuila a la política de los científicos– “pertenecían a la misma generación y formaban parte de las mismas clases medias con la diferencia de que [los maderistas] no tenían cargos públicos en la administración o no habían completado estudios en la capital de la república” (p. 112). Carranza, que según Plana era la “expresión de los rancheros de la región centro-occidental del estado”, no pertenecía a la élite económica porfiriana, pero pudo estructurar un movimiento político renovador en 1909 que, aunque estaba dividido en sus propósitos, desató una reacción conservadora que hizo dudar a Porfirio Díaz en cuanto a quién debería tener el apoyo político del centro. Fue precisamente esa duda del presidente la que “abrió una crisis que desorientó a los políticos coahuilenses ahondando sus diferencias” y que, a la larga, fue la gota que derramó el vaso y dio inicio a la revolución política coahuilense.

Quizá por todo ello, la insurrección maderista en Coahuila fue muy dispersa geográficamente y heterogénea en su composición social, dio lugar sólo a acciones aisladas y no logró nunca un amplio respaldo popular (pp. 130-132). Esto, a su vez, tuvo consecuencias que también distinguieron a este estado norteño del resto de la República durante el periodo maderista, pues “determinó una distinción neta entre las reivindicaciones obre-

ras, dirigidas a los nuevos gobernantes, y los movimientos rurales que habían adquirido [sólo cierta] capacidad de acción” (pp. 140-141), al mismo tiempo que “las elecciones estatales de septiembre de 1911 crearon un cuadro estable a nivel institucional, hecho que no fue la norma en aquellas circunstancias” para el resto del país (p. 145). Toda la historia previa al éxito de la revolución maderista, de acuerdo a Plana, determinó el desarrollo del gobierno de Carranza en Coahuila, pues mientras tuvo que “enfrentarse a las reivindicaciones de los trabajadores y de los mineros [en] la política agraria no fue más allá de la presentación de la ley del catastro” (p. 145).

Plana documenta ampliamente, basándose en una extensa revisión de los archivos, que la cuestión agraria en Coahuila no había representado durante el porfiriato una fuente de serios conflictos por la tierra y que, después de 1910, el movimiento rural que estalló en La Laguna respondió a una lógica interna muy particular ligada a la realidad agraria de la región lagunera (p. 167). “Los maderistas locales, por una parte, y el gobernador Carranza, por otra, atribuyeron un carácter político a este movimiento popular, sin interrogarse sobre sus posibles implicaciones sociales, y lo combatieron desde el principio con la movilización de las fuerzas auxiliares” (p. 170), lo que dio vida al orozquismo primero y, después, al villismo.

Ya en la segunda parte del libro, que es la más novedosa, Plana analiza la revolución constitucionalista desde varios ángulos: el financiero, el de la organización militar, el de la intervención de Estados Unidos, el de la coalición entre las distintas facciones que se aliaron para la lucha contra Huerta, y el de la crisis que llevó a la guerra civil en 1915. Entre los principales argumentos de esta segunda parte está que la revolución constitucionalista preservó muchas de las características de la movilización en su etapa maderista: desde el principio, tuvo mucha mayor dispersión que en otros estados del norte en donde la Revolución tuvo

un carácter más popular (p. 199), aunque también es verdad que, además de los rancheros de varias localidades, grupos mineros se unieron a los constitucionalistas dispuestos a recibir instrucción militar (p. 210). Esta dispersión, sumada a que la estructura productiva de Coahuila estaba orientada al mercado interno —lo que le impidió a Carranza hacerse de recursos del exterior para financiarse—, determinó la derrota constitucionalista en Coahuila y la decisión del primer jefe de iniciar su viaje hacia Sonora, durante el cual mantuvo conversaciones con líderes populares como Manuel Chao y Maclovio Herrera y con el gobernador constitucionalista de Durango, Pastor Rouaix, quienes ayudaron a que Carranza tuviera una visión distinta de los problemas por los que se había iniciado la Revolución en 1910. Fue sólo a partir de ese momento que Carranza cambió su visión política un tanto estrecha por una visión mucho más amplia de los problemas de México que incluía ya, por ejemplo, la cuestión agraria. Pastor Rouaix había llevado a cabo, desde julio de 1913, una importante labor política para afrontar los numerosos problemas económicos y sociales de la región, y conocía bien la situación agraria local y sus consecuencias para las clases rurales (p. 242). Para nadie es un secreto que, posteriormente, Rouaix sería un operador político preponderante en las negociaciones dentro del Congreso Constituyente de 1916-1917.

Otro argumento desarrollado en la segunda parte del libro es que, a partir de abril de 1914, dos acontecimientos modificaron radicalmente la situación en México: el primero fue la toma de Torreón, y el segundo la ocupación estadounidense de Veracruz. Por una parte, la ocupación obligó a los constitucionalistas a interrogarse sobre las consecuencias políticas de las decisiones del presidente Wilson, al mismo tiempo que tuvo repercusiones inmediatas en las plazas fuertes huertistas del noreste, lo que determinó a su vez la progresiva retirada de estas regiones del ejército federal. La toma de Torreón tuvo efectos inevitables

en términos del conflicto político que se abrió entre Villa y Carranza: mientras algunos líderes constitucionalistas pensaban que sólo el Primer Jefe podría resolver el problema de las reformas sociales, otros desconfiaban de su liderazgo y estaban seguros de que sus promesas de reforma estaban llenas de aire caliente, lo que provocó que en La Laguna –igual que en otras regiones del país, como Morelos– se iniciara una “reforma agraria empírica” que reflejaba más las aspiraciones y la mentalidad de los pequeños arrendatarios y trabajadores rurales (p. 282) que un verdadero proyecto de Estado o de Nación.

Además de las diferencias por cuándo y cómo debían hacerse las reformas sociales –si antes o después del regreso al orden constitucional una vez que había caído Huerta– se multiplicaron los problemas en los estados del norte “ante las exigencias de la vida cotidiana y de las actividades comerciales y a causa de los desajustes de la circulación monetaria” (pp. 290-291), lo que provocó que otros problemas reales, como la escasez de moneda, tomaran un cariz político. A fin de cuentas, dice Plana, “el control de la ‘moneda’ revolucionaria entró a formar parte de la crisis más general entre Villa y Carranza a la vigilia del ataque a Zacatecas y tuvo varias implicaciones en ese momento, pues este problema salió a la luz durante las conferencias de Torreón en el mes de julio [de 1914]” (p. 304). Por eso “[...] la naturaleza puramente política del rechazo deliberado del embarque [de carbón] a favor de Villa a la vigilia de la batalla de Zacatecas, subrayada por la historiografía, tiene que ser matizada a pesar del comportamiento de los protagonistas” (p. 314).

Así, el regreso al orden constitucional resultó mucho más complejo de lo que Carranza había imaginado. “La división del frente revolucionario dejó paso a la guerra civil, en el curso de la cual se presentaron con mayor fuerza las cuestiones relativas a la reforma agraria y a la naturaleza de las instituciones políticas que para Carranza representaban el reforzamiento del Estado”, pues

“la lucha revolucionaria había transformado a los combatientes en dirigentes sociales y políticos que habían adoptado de manera autónoma medidas para limitar los derechos individuales sobre la propiedad a favor de la colectividad a través de decretos, actos de fuerza y la intervención de bienes fuera del marco jurídico” (pp. 343-344). Carranza y sus colaboradores, concluye Plana, arribaron a un callejón sin salida, pues convocar a elecciones e instalar un nuevo Congreso habría requerido tiempo, demorando así algunas reformas indispensables; pero hacer las reformas sin cumplir al pie de la letra lo que originalmente había establecido el Plan de Guadalupe podría restarles legitimidad, provocando también la confrontación. En pocas palabras, y haciendo un análisis muy serio y bien documentado del proceso que llevó a la Revolución al fracaso de la Convención de Aguascalientes, Manuel Plana concluye que la guerra civil fue inevitable.

Venustiano Carranza (1911-1914) es, en un sentido, mucho más que *El ascenso del dirigente político y el proceso revolucionario en Coahuila*, pues no sólo analiza el proceso revolucionario en Coahuila, sino también en Chihuahua y en Sonora; es un libro que teje la historia política con la social, la económica, la militar y la internacional, y que corrobora muchas de las conclusiones a las que algunos otros historiadores ya apuntaban haciendo aportaciones propias.³ Pero también es, en otro sentido, mucho menos, pues no analiza cabalmente el ascenso de Carranza como dirigente político, y deja sin contestar muchas preguntas sobre cómo y por qué un senador porfirista, ligado

³ Véanse, por ejemplo, Pedro SALMERÓN, *Los carrancistas. La historia nunca contada del victorioso Ejército del Noroeste*, México, Planeta, 2010; Javier VILLARREAL LOZANO, *Venustiano Carranza. La experiencia regional*, Saltillo, Instituto Coahuilense de Cultura, 2007 y Suzanne PASZTOR, *The Spirit of Hidalgo. The Mexican Revolution in Coahuila*, University of Calgary, Michigan State University, 2002, por mencionar a tres de ellos.

al movimiento reyista hasta 1909, que nunca tuvo intención de iniciar una revolución social, se pudo convertir en el líder indiscutible de la Revolución en su etapa más radical.

Luis Felipe Barrón

Centro de Investigación y Docencia Económicas

RENATO GONZÁLEZ MELLO y DEBORAH DOROTINSKY ALPERSTEIN (coords.), *Encauzar la mirada. Arquitectura, pedagogía, e imágenes en México, 1920-1950*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2010, 168 pp. ISBN 978-607-02-1590-2

En las últimas dos décadas, los historiadores de la educación han pretendido ir más allá del análisis de programas y discursos para adentrarse en la vida en el aula y en el papel protagónico que en la empresa educativa desempeñaron maestros, alumnos y padres de familia, hasta hace muy poco considerados por la historiografía como receptores inertes de las acciones oficiales. Se han interesado en conocer los obstáculos y resistencias al quehacer cotidiano de los maestros, los tropiezos y dificultades de los alumnos para adaptarse a un ambiente extraño y asimilar enseñanzas cuya utilidad no siempre comprendían o que entraban en conflicto con las creencias y preceptos de sus mayores y de su entorno familiar. Los estudiosos del tema han abandonado la perspectiva centralista, se han enfocado en regiones y pequeñas comunidades, y se han aventurado en el complicado entramado de conflictos locales. En su afán por trascender los lineamientos oficiales para desentrañar prácticas y recepciones, han ido más allá de las fuentes gubernamentales y han tratado de interpretar textos y materiales didácticos, festivos, campa-